

Recuerdo que sonreías la primera vez que me dijiste “chiquita, está muy poco hecha esta carne”. Y te levantabas, cogías el plato, me dabas un beso y le dabas otro par de vueltas en la plancha. También recuerdo tu sonrisa cuando quedaba alguna arruga en la camisa y decías “chiquita, esto está un poco arrugado”. Y entonces te levantabas, cogías la plancha, me dabas un beso y quitabas tu mismo las arrugas. Cuando llegaba media hora más tarde del trabajo de nuevo sonreías y me decías “chiquita, muy tarde llegas del trabajo hoy”, y entonces te levantabas, me dabas un beso y me preguntabas que tal me había ido el día.

Pasó el tiempo y las recriminaciones siguieron siendo las mismas: “Chiquita, vuelve a estar muy poco hecha esta carne” “Chiquita, otra vez te quedaron arrugas”, “Chiquita, ¿por qué siempre llegas tan tarde del trabajo?”

Y al siguiente mes:

“¿Otra vez la carne poco hecha?” “¿A ti en tu casa no te enseñaron a planchar?”
“¿Qué demonios haces al salir del trabajo?”

Y al siguiente mes:

“La maldita carne vuelve a estar cruda” “¿Acaso no sabes ni planchar una camisa?”
“estoy harto de esperarte cuando sales del trabajo”

Al final, conseguía que la carne estuviera en su punto, que en la camisa no hubiera ninguna arruga y no llegar tarde ni un solo minuto a casa. Pero no era suficiente. Y tras la insuficiencia, llegaron los golpes.

— ¿Qué hacías mirando a ese tío?

¡Plas!

— ¿Me estás engañando?

¡Plas!

— Quítate ese vestido, pareces una puta

¡Plas!

— ¿Vas a salir con las putas de tus amigas?

¡Plas!

— Déjame mirar tu teléfono

¡Plas!

—¡La culpa es tuya!

¡Plas!

Y cuando todo pasaba. Cuando toda su furia amainaba, entonces me volvía a llamar chiquita:

— Chiquita, ¿te prometo que no volverá a pasar, de acuerdo?

Entonces nos reconciliábamos, íbamos juntos a la cama y nos hacíamos el amor. Al fin y al cabo era un buen hombre.

No solo conseguí que estuviera en su punto la carne, que la camisa no estuviera arrugada y no llegar tarde ni un solo minuto a casa. También dejé de hablarme con cualquier hombre, dejé de beber alcohol, deje de ponerme vestidos, dejé de salir con mis amigas y dejé de usar el teléfono. Pero no era suficiente, y tras la insuficiencia, llegaron más golpes.

— ¡Eres una puta!

¡Plas!

— ¡Te lo tienes merecido!

¡Plas!

— ¡Así aprenderás!

¡Plas!

— ¡Lo hago porque te quiero!

¡Plas!

— ¡Eres una inútil!

¡Plas!

Queríamos tener hijos. Un bebé gateando por el suelo. Pero un día tuvimos una bronca más fuerte de lo normal y, ya ves, lo único que gateó por el parquet de nuestro apartamento fueron mis dientes.

¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

Cualquier excusa era ya innecesaria.

¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

Ya no había sonrisas y las noches de reconciliación oprimían mis costillas.

Y cuando todo pasaba. Cuando toda su furia amainaba, entonces me volvía a llamar chiquita:

— Chiquita ¿Tú sabes que nunca te haría daño verdad?

Pero los golpes siguieron llegando.

¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

Cada vez más fuertes, y con más frecuencia. Sabía que habría uno rompería de una vez por todas el silencio estridente de mis aullidos. Habría uno que sería el último. El definitivo.

¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

¡PLAS!

Fue el último golpe el que precedió la calma. Podía ya respirar. Afuera llovía. El último golpe definitivo lo di yo. El último *plas* fue el de la puerta cerrándose. Lo último que vi antes de cerrarla fue a él. Llamándome chiquita.

— Pero chiquita ¿Tú sabes que yo te quiero verdad?